

Rajorshi Chakraborti

La vida que nos lleva

Traducido por Jordi Giménez Samanes



Título de la edición original: *Or The Day Seizes You*

Primera edición en esta colección: marzo, 2009

© Rajorshi Chakraborti, 2006

Edición original publicada en India por Penguin Group India, 2006

© de la traducción, Jordi Giménez Samanes, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

© Diseño de la portada: Helena Velázquez González

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-3-2

Depósito legal: B-7243-2009

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

A mis padres, a quienes se lo debo todo

*El mundo es lo que es: los hombres que no son nada,
que se permiten no ser nada, ¿tienen algún lugar en él?*

– Adaptación, con mis disculpas,
a partir de *Un recodo en el río*, pág. 1,
de V. S. Naipaul

PRÓLOGO

Un peligro sostenido y algunas imágenes horripilantes

Calcuta, julio de 1971

Un día, cuando yo tenía once años, no había forma humana de ir al colegio, pero mi madre le había dado la espalda a la realidad.

Había llovido durante toda la noche, desde última hora de la tarde, y solo porque aguantara durante la mañana no significaba que la ciudad no siguiera convertida en un lago. Pero mamá ya estaba cansada de todas las tretas que yo ideaba para hacer novillos. Las vacaciones de verano habían terminado hacía apenas quince días, y yo había conseguido quedarme en casa una semana más alegando que el Padre Joe nos había dado cinco días más de vacaciones a causa de unas reparaciones urgentes que necesitaba la escuela. Mamá me creyó, y yo me recreé contando los días que faltaban para acabar aquel mes, sabiendo que yo era el único que había hurtado una semana de más.

Naturalmente, mi plan se fundamentaba en la certeza de que a nadie de mi familia se le había perdido

nada por el lado del camino de mi escuela, por lo que ninguno de ellos se percataría de los cientos de niños que, vestidos con el uniforme de mi colegio, llenaban la calle toda la semana a las horas de entrada y salida. Todo el montaje se sustentaba en este sólido supuesto, pero el miércoles pasó por casa Ajiteshkaku, que venía a ver a papá para tratar de algún asunto, y que dejó caer con toda inocencia que había visto la escuela abierta. El inoportuno comentario salió tan de sopetón que ni siquiera tuve tiempo de lanzarme a detenerlo.

Mi defensa giraba sobre dos explicaciones alternativas, concebidas ambas sobre la marcha, y cada una de las cuales, a mi modo de ver, esclarecían de forma satisfactoria la confusión. Aduje y señalé muy razonablemente que hay otros niños, pertenecientes a muchas otras instituciones de la zona, que visten también camisa blanca y pantalones azules; de ahí que pudiera tratarse de una verosímil equivocación. O tal vez (reflexioné a continuación, a modo de concesión adicional a otras posibilidades, vicisitudes y accidentes imprevisibles) sí que habían enviado una circular en vacaciones que, como de costumbre, el cartero había extraviado. Pero no había cantidad suficiente de fingido horror ante aquel golpe inesperado que pudiera convencer a mi escandalizada madre de que yo estaba tan asombrado como ella, por lo que el resultado fue que en aquel huracanado día tuve que encontrar la manera de llegar hasta la escuela. Y no podía volverme con ninguna excusa, pues mi madre me dejó bien claro que no me abriría la puerta ni un minuto antes de las cinco.

Y por una vez, en el peor momento posible, resultó que tuve razón. Esperé media hora, sin que pasara ninguno de los cuatro autobuses que yo solía coger. Así que, aunque para entonces llegaba ya irremediablemente tarde, me subí a otro autobús que cubría al menos parte del recorrido; pero al cabo de apenas cinco minutos de trayecto, dio media vuelta y se dirigió hacia el punto en que yo había estado esperando. Hacia el frente, la calle estaba inundada hasta donde alcanzábamos a ver. El conductor y los cobradores cambiaban impresiones, mientras los otros siete pasajeros contribuían con sugerencias de rutas alternativas. Pero yo para entonces ya me había resignado a lo que fuera. No pensaba bajarme de aquel autobús; fuera había empezado a lloviznar, y además era mi manera de darle una lección a mi madre. Burbujeaban ya en mi interior las primeras líneas del drama épico que iba a representar cuando llegara por fin a casa aquella noche (hasta podía ser que rondara ya la medianoche, quién sabía lo que iba a deparar aún aquel día, cuando estuvieran todos muertos de preocupación y mi padre hubiera tenido tiempo para arrancarle una confesión a mamá), seguidas de unas vívidas imágenes del peso de la culpa con que ella debería cargar y, con una mezcla de sentimiento de venganza, de temeridad y de autocompasión, pensé para mis adentros cuánto mejor sonaría todo aquello si (en parte al menos) se hacía realidad.

Pasamos entonces por estrechas calles secundarias que solo en parte estaban anegadas. Después de un buen rato (yo ya debería haber estado casi en mi terce-

ra hora de clase), salimos a una parte de la ciudad que no había visto nunca. Nos acercábamos a un enorme paso elevado de ocho carriles, y como muchos otros habían tenido la misma idea, había coches que circulaban sin parar por todos los carriles en una y otra dirección. El paso elevado estaba situado a una gran altura, sobre pilares, y a medida que ascendíamos se extendían ante nuestra vista el río a lo lejos y la ciudad al otro lado del río. Al ir tan vacío, yo podía ir de un lado para otro por el interior del autobús y mirar por las ventanas que quisiera. Por otra parte, el sol acababa de asomarse también, y a través de una única abertura en el cielo se derramaban amplios haces de luz sobre el puente mismo y los coches que pasaban, y sobre el río a lo lejos, con cuyas aguas parecían jugar. No tenía la menor idea de dónde estábamos, pero aquel era el puente más alto y grande que había visto jamás, y la vista que se extendía frente a mí abarcaba la ciudad entera. Sin embargo, lo recuerdo como si se tratara de una pintura desleída a la luz del sol, sin profundidad, como la lisura distante y difusa del telón de fondo de un teatro. En mi recuerdo, el puente y su incesante movimiento son las únicas cosas dotadas de dimensiones. Allí permanecimos un largo rato, pero después de un par de giros una vez hubimos descendido, reconocí inmediatamente que no estábamos lejos de mi escuela. La desviación nos había encaminado hacia allí casi desde el principio, y no obstante nunca había pasado en autobús por aquel puente.

La escuela estaba como si fuera sábado, cuando pa-

recía que te habían dejado el edificio para ti solo. Se demostró así, por tanto, una vez más, que yo estaba en lo cierto: nadie más había sido lo bastante loco como para venir. Había otro chico en la clase, aquel rarito de las gafas que se habría presentado pasara lo que pasara, hubiera disturbios o incluso una guerra, porque año tras año, hasta cuatro veces, había ganado el premio de asistencia sin falta. Eran sus quince segundos de gloria al año, así que supongo que a él le iba la vida y el paraíso en ello. Pero aun así, si se había quedado aquel día, dijo, era solo porque el coche le había dejado y se había marchado por pura rutina, y no volvería a buscarle antes de las tres y media. De modo que tenía que quedarse a esperar aunque no hubiera maestros aquella mañana para dejar constancia en el registro de su constancia y fidelidad; tendría que sobornarme si quería que yo le respaldara al día siguiente.

Dejé la bolsa en el suelo y me puse a hacer lo que solíamos hacer los sábados: enseñorearme de la clase paseándome entre los pupitres y los bancos, saltando de una fila a otra. Una de las veces que me aproximé a una ventana advertí la presencia de alguien en el exterior. Llevaba uniforme y parecía algo mayor que nosotros; estaba en cuclillas, y la rampa en el centro de las escaleras era ahora tan resbaladiza que en aquella postura fue capaz de bajar deslizándose sobre los zapatos. Luego volvió otra vez arriba, tomó una breve carrerilla y bajó resbalando de nuevo.

Llamé a Venky para que viniera a verlo (aunque jamás me habría expuesto a que me vieran hablando con

él un día normal: nos separaba una frialdad y una distancia de años luz ya que pertenecíamos a castas sociales diferentes), y mientras él llegaba hasta la ventana sucedió algo extraordinario. El chico se tiraba rampa abajo como las otras veces, cuando de pronto apareció un autobús escolar que iba directo hacia el pie de la escalera. Pero él no se detuvo, y el autobús, que esperaba que sí lo hiciera, no frenaba. Nosotros tratamos de avisarle a voz en grito desde donde estábamos, mientras el chico se lanzaba deslizándose y desaparecía bajo el autobús, sin detenerse, con un movimiento fluido y fácil, como si lo hubiera ensayado. El conductor debió de darse cuenta de lo sucedido, pues las ruedas del autobús chirriaron antes de patinar hasta inmovilizarse. Durante un segundo solo pudimos ver la parte trasera del autobús, sin que nadie emergiera de debajo. Entonces salió el chico arrastrándose y se fue corriendo, indemne. Había conseguido escurrirse en el último instante tumbándose en el suelo.

Nos miramos el uno al otro, unidos en nuestra estupefacción, olvidada por un momento toda división social. Entonces salí disparado de la clase, diciendo que tenía que felicitar a aquel asombroso doble riesgo. Según pasaba por el enorme pasillo, donde hasta las luces habían dejado apagadas aquel día, veía las clases vacías, una tras otra. Finalmente vi otra señal de vida, una maestra a la que reconocí, que venía en dirección hacia mí. Desde tercero no había podido deshacerme de la debilidad que sentía por la señora de Souza, y me complació encontrármela en aquellas circunstancias, en

que quizá íbamos a poder disfrutar sin que nadie nos molestara de unos minutos para nosotros. Si nuestra boyante relación se había quedado estancada durante tres años, era precisamente por falta de oportunidades como aquella, al margen de que ahora yo era ya más alto que ella y tenía las espaldas más anchas que antes. El corte de pelo le enmarcaba la cara de una forma muy rígida, y llevaba los dientes siempre muy blancos, hoy más aún en medio de aquella oscuridad. Pero me pareció como si tuviera un gran lunar en mitad de la mejilla izquierda, que estaba seguro de que no estaba allí antes. A lo mejor aquellas cosas se desarrollaban al llegar a la mediana edad, reflexioné, mientras hacía esfuerzos por no mirárselo mientras hablaba. Pero tanto podía ser un lunar como un bicho que estuviera a punto de picarla, y en ese caso no cabía duda de que había que avisarla. Esto era lo que yo trataba de averiguar y decidir mientras contestaba a sus preguntas: ¿la mancha se movía o estaba quieta?

Mientras hablaba noté que algo se me movía en el fondo de la boca. Tenía dos muelas de atrás que se me movían ligeramente desde hacía unos días, pero ahora se me zarandeaban claramente solo con rozarlas con la lengua. No tardé en percibir el caliente y salado gusto a sangre y temí que si abría la boca la señora de Souza pudiera darse cuenta. Es más, habría podido asegurar que estaba empezando a pronunciar mal, así que me excusé y salí corriendo escaleras arriba en dirección al lavabo para ocuparme de mi boca. Estaba en el lugar más alto de la escuela, había que subir unos escalones

más una vez llegado al último piso. El techo seguía la pronunciada inclinación del tejado a lado y lado, y no había más que dos compartimentos y una ventana diminuta. Fuera continuaba la misma luz mortecina sobre el jardín mojado y el parque. Abrí la boca bien abierta y empujé todo lo fuerte que pude con la lengua. Las dos piezas que me daban problema se desplazaron de su sitio, pero aún no estaban para caerse. Estaba pensando qué hacer, miraba incluso la puerta unos segundos preguntándome si llevaba alguna pequeña cuerda, cuando me palpé en el bolsillo y encontré un caramelo blando Éclair. Me puse de lo más contento, ya que últimamente aquella se había convertido en mi forma preferida de extraerme los dientes, después de haberla descubierto en cierta ocasión de forma fortuita. Lo que solía hacer era masticarlo hasta dejarlo bien plano y entonces lo aplastaba con la mandíbula superior. El caramelo siempre salía con el diente engastado en él. Me saqué la primera muela, la enjuagué después de una rápida inspección, me la guardé en el bolsillo de la camisa y repetí la operación con el mismo caramelo para la segunda muela. Siempre funcionaba, sin dolor, y tenía un extraño magnetismo ver tus dientes fuera de la boca, de un blanco incongruente, pegados en la pasta marrón del caramelo.

Al salir disparado del lavabo, dos muelas más ligero, me encontré de sopetón con el director, que me preguntó qué hacía allí.

—Nada, señor, sólo estaba en el lavabo —repuse, sin atreverme a mirar por encima de la cadena del reloj

que le colgaba del chaleco y rogando por poder escapar antes de que tuviera tiempo de fijarse en nada más. Pero él ya había visto algo que estaba mal, y me agarró un mechón de cabello, que sostuvo en alto meramente para confirmar sus sospechas. Tenía razón, llevaba el pelo demasiado largo. Llevaba un mes sin ir a la peluquería y había eludido las dos últimas veces que me lo detectaran en la inspección de los lunes engominándome las ondas de más y peinándomelas hacia abajo. (Luego me iba corriendo al lavabo, me limpiaba furiosamente la cabeza con un pañuelo y volvía a arreglarme el pelo adecuadamente con los dedos, mirándome en el cristal de la puerta.) Aquel pequeño exceso de largura era fundamental para mi estilo, me cambiaba por completo la expresión. Pero con él no valían súplicas. Declaró que yo debía bajar directamente a los servicios principales, donde aquella mañana había un barbero que me haría una demostración particular de qué era lo requerido exactamente por el colegio. Luego tenía que presentarme en su oficina para que él confirmara su aprobación.

Por supuesto yo sabía lo que aquello quería decir. Se trataba de un procedimiento que reportaba muy mala reputación y que, con toda propiedad, se llevaba a cabo en un lugar subterráneo, del que sus víctimas regresaban cambiadas para siempre. Aquel «barbero» te arruinaba el pelo cortándotelo deliberadamente por parches y a trasquilones de diferente largura, de forma que luego tú tenías que ir y afeitártelo prácticamente al cero para volver a igualarlo. Aparte de la tortura a lar-

go plazo de parecer durante un mes un mono rapado (así como los subsiguientes e implacables recordatorios de ese período por parte de la gente), podía uno imaginarse las miradas a las que había que hacer frente en el autobús al volver a casa por la tarde y los comentarios y gracias que había que fingir ignorar mientras se soportaba en silencio la continua picazón bajo la camisa y la ropa interior. Pero no había escapatoria posible, pues era legendaria la capacidad del director para no olvidar jamás una cara, en especial si la había visto en una escuela vacía.

Mientras bajaba por las tortuosas escaleras hacia los lavabos principales en busca de mi horrible destino, maldije a mi madre por lo que su intransigencia había ocasionado. Todo aquello era por culpa suya, hasta el más pequeño detalle... ¡qué mujer más tonta y despiadada! El rufián estaba ya manos a la obra cuando llegué, arruinando (locuazmente) la vida de otro desgraciado en aquellos oscuros servicios con el techo alto y un montón de compartimentos. Estábamos en el sótano, donde la luz se abría paso a través de cuatro portillos situados muy distanciados entre sí cerca del techo. Sus polvorientas vigas parecían converger justo en el medio, donde el monstruo había colocado su silla, y donde el otro chico estaba plantado en una tabla colocada sobre los brazos de la misma, cubierto con una sábana blanca, dispuesto a la cremación. Ni un espejo siquiera merecía aquel acto de barbarie, aunque quizá era mejor así. El tipo, con camiseta de tirantes, calvo él también y con un enorme bigote y un pañuelo rojo

anudado alrededor del cuello, me pidió que me quitara la ropa mientras esperaba turno, sin dejar de parlotear como un alegre verdugo muy ocupado preparando a su víctima. Al acercarme un poco más abandoné toda idea de pedir clemencia, pues pude ver las lágrimas secas todavía marcadas en el rostro del otro chico. Era como la palmeta: si tenía que pasar por aquello, lo haría con la dignidad intacta. No iba a darle a nadie el placer añadido de ver cómo me arrastraba.

El chico hizo un último intento por lograr que aquel carnicero tuviera un poco más de cuidado. Pero este se declaró impotente: pretextó que el director inspeccionaba con detenimiento su labor y que jamás le permitiría volver si se apartaba lo más mínimo de sus instrucciones. El único atisbo de consuelo que el muy canalla podía ofrecer era que lo primero que haría al salir del colegio sería acompañarle a su barbería cercana si el chico quería y que le nivelaría personalmente aquel estrago. Sin hacer siquiera una pausa en el movimiento de sus manos, recalcó ciertamente su hipocresía aduciendo que le dolía en lo más hondo tener que infligirles aquello a alumnos tan jóvenes: él sabía lo importante que era para ellos la forma de llevar el pelo. No en vano éramos tantos los alumnos de aquel mismo colegio que confiábamos en él siendo sus clientes, y él que se pasaba horas modelándonos personalmente, hablando, consultando, podándonos... Pero teníamos que comprender que él no podía rehuir el dinero.

Tuve que esperar en calzoncillos mientras escuchaba aquella sádica basura hasta que salió el otro chico,

ejemplificando en todo y por todo el horror al que muy pronto iba a parecerme. Tenía el pelo como si se hubiera pasado una semana en una bodega llena de ratones hambrientos: se le veía el cuero cabelludo en un montón de sitios. Mientras duró mi suplicio, mantuve la vista fija en mi ropa hasta que al final dejé de pensar en ello. El único recurso que tenía era oír el sonido de la ducha mientras el chico se lavaba detrás de nosotros y tratar de apartar la cara de los fuertes olores a sudor de axila y a buyo, y al aceite con el que el monstruo se acicalaba el bigote.

No pudo llevarle mucho tiempo, y de hecho me pareció que me trató de una forma particularmente ruda, es posible que por el hecho de ignorarle por completo y permanecer sentado como si nada de aquello estuviera sucediendo. Él no dejó de apretarme las mejillas para volverme la cara y de empujarme ligeramente la barbilla hacia arriba para echarme la cabeza hacia atrás, pero cuando por fin me zarandeó y me quitó la sábana de encima, me di cuenta de que debía de haberme quedado medio dormido allí mismo, sobre la tabla de aquel bastardo.